

sus pequeñuelos que no sabían aún volar (Had Junius, *Descriptio Hollandiae*); la gallina silvestre y la chocha se dejan coger sobre sus huevos durante la incubación; el papamoscas (*muscipala tyrannus*) defiende su nido hasta contra el águila con valor asombroso. La mitad anterior de una hormiga que había sido cortada por la mitad del cuerpo, se ocupaba todavía en poner sus huevos en seguridad. Una perra, á la que habían abierto el vientre para extraerla las crías, se arrastró moribunda hacia ellas para acariciarlas, y no comenzó á gemir violentamente hasta que se las quitaron (Burdach, *Fisiología experimental*, vol. 2 y 3).

CAPITULO XLIII

HERENCIA DE LAS CUALIDADES

La experiencia diaria nos enseña, y ha sido en todos tiempos reconocido, que en lo concerniente á las cualidades corporales (objetivas, exteriores), los germenos de los padres combinados en el acto de la generación, reproducen no sólo las cualidades de la especie, sino también las de los individuos.

Naturae sequitur semina quisque sua.

(CATULLO.)

Se ha preguntado muchas veces si las cualidades espirituales (subjetivas, interiores), se transmitirían, igualmente de padres á hijos y la respuesta, casi universalmente, ha sido afirmativa. Pero es cosa más difícil saber si puede distinguirse lo que viene del padre, de lo que viene de la madre, en otros términos, qué parte de herencia procede de cada uno de ellos. Si estudiamos el problema á la luz de nuestra verdad fundamental, recordando que la voluntad es la esencia íntima, la sustancia y la raíz del hombre, y la inteligencia sólo un elemento secundario, adventicio y contingente, nos será preciso, aun antes de recurrir á la experiencia, admitir al menos como verosímil, que en la procreación, el padre como sexo fuerte y principio creador es

quien da la base, el elemento radical de la nueva vida, y que la madre, como del sexo más débil y como principio simplemente receptivo, transmite lo que es secundario la inteligencia. Según esto, se heredarían del padre las cualidades morales, el carácter, las inclinaciones, el corazón, y de la madre las facultades intelectuales, en cuanto á su grado, á su naturaleza y dirección. La experiencia comprueba efectivamente esta hipótesis, pero la comprobación no se hace como en la Física, por procedimientos de laboratorio, sino que resulta, en parte, de observaciones numerosas cuidadosamente llevadas á cabo, y en parte de datos históricos.

La experiencia personal tiene la ventaja de ser perfectamente cierta y muy determinada, lo cual compensa sobradamente la desventaja de su limitada esfera y el inconveniente de que sus resultados no son bastante conocidos de los demás. Este es el procedimiento que recomiendo en primer término: que cada cual comience á observarse á sí mismo, que confiese sus gustos y sus pasiones, sus defectos y sus debilidades de carácter, sus vicios y también sus buenas cualidades y virtudes, si las tiene; piense después de esto en su padre y no dejará de hallar en él los mismos rasgos morales. En cambio, hallará en su madre, con frecuencia, un carácter enteramente distinto del suyo, y no habrá entre ambos parecido moral, más que en el caso especial y raro de identidad de carácter entre los padres. Examine cada cual su irascibilidad ó su paciencia; su avaricia ó su prodigalidad, su inclinación á la lujuria, á la gula ó al juego; su dureza ó su ternura, su sinceridad ó su doblez, su orgullo ó su llaneza, su valor ó su cobardía, su humor pendenciero ó pacífico, su espíritu de rencor ó de indulgencia, etc., y haga en seguida la misma experiencia con todos aque-

llos, cuyo carácter y cuyos padres le son bien conocido. Si procede con atención y juzga derecha y sinceramente, reconocerá infaliblemente la verdad de mi aserto. Observará, por ejemplo, cómo la singular inclinación á la mentira, propia de ciertos hombres, existe con igual fuerza en dos hermanos, porque la han heredado de su padre. La comedia alemana *El mentiroso y su hijo* es psicológicamente verdadera.

Hay, sin embargo, dos restricciones que necesariamente hemos de hacer, pero que sería injusto aprovechar como escapatoria. La primera es el adagio *pater semper incertus*. Sólo un parecido físico muy pronunciado del hijo con el padre puede descartar esta reserva; un parecido superficial no basta, pues la fecundación anterior, tiene una influencia que se prolonga y de la cual resulta á veces que los hijos de un segundo matrimonio presentan algún ligero parecido con el primer marido. El hecho puede observarse mucho más claramente en los animales.

La segunda restricción, es que el carácter moral del padre, aunque existe realmente en el hijo, puede hallarse modificado por una inteligencia (herencia de la madre), que frecuentemente será muy distinta de la del padre, lo cual obliga á rectificar la observación. Según el grado de diferencia intelectual, la modificación será mayor ó menor, pero jamás será tan grande que los rasgos principales del carácter paterno no puedan ser conocidos; sucede con esto lo que con un hombre disfrazado con un traje raro, una peluca y una barba postiza.

Si, por ejemplo, un hombre hereda de su madre una dosis preponderante de razón y, por lo tanto la facultad de reflexionar y meditar, esto le servirá ya para moderar ó ya para disimular las pasiones heredadas

del padre, obligándolas á manifestarse con orden y método y hasta si se quiere con misterio: su apariencia será, pues, diferente de la que ofrecían en el padre, cuya inteligencia era acaso muy limitada; y también podrá ocurrir lo contrario. Las inclinaciones y las pasiones de la madre no se transmiten á los hijos, quienes con frecuencia presentan las contrarias.

Las pruebas sacadas de la historia llevan á las precedentes de la vida privada, la ventaja de ser conocidas de todos; en cambio lo que debilita su valor es la incertidumbre y la frecuente alteración de las tradiciones, sin contar con que de ordinario se refieren sólo á la vida pública y no á la vida íntima de los personajes, apoyándose por consiguiente en sus actos oficiales y no en las manifestaciones mejor *matizadas* de su carácter privado. Con todo, quiero apoyar mi aserto con algunos ejemplos históricos, á los cuales las personas versadas en historia podrán añadir multitud de casos, no menos concluyentes.

Sabido es que P. Decio Mus, sacrificó heroicamente su vida á la patria, precipitándose, con la cabeza velada en el campo de los latinos, después de haberse consagrado y haber consagrado á los enemigos á los dioses infernales. Unos cuarenta años después su hijo y homónimo realizó la misma hazaña en la guerra contra los galos (T. Liv., VIII, 6; X, 28). Esto confirma la sentencia de Horacio *fortes creantur fortibus et bonis* cuyo reverso hallamos en Shakespeare.

Los cobardes engendran cobardes y la bajeza bajeza.
(CYMB., IV, 2.)

La antigua historia romana nos presenta familias enteras en las cuales una larga serie de descendientes se distinguieron por su valor y su patriotismo, como

la *gens Fabia* y la *gens Fabricia*. Alejandro el Grande fué tan ávido de dominación y de conquistas como su padre Filipo. El árbol genealógico de Nerón, que Suetonio coloca con un fin moral antes del retrato de este monstruo, merece estudiarse. La *gens Claudia* que describe dicho historiador, floreció durante seis siglos consecutivos en Roma, y produjo sin interrupción hombres de acción, pero de un carácter cruel y desenfrenado. De ella salieron Tiberio, Calígula y por último Nerón. Se observan ya en su abuelo, y todavía más desarrolladas en su padre, las execrables cualidades de Nerón, en el cual pudieron desenvolverse completamente porque, de una parte, su elevada posición, le dejaba campo libre, y de otra parte tuvo por madre aquella Ménada irracional, Agripina, que no podía transmitirle el juicio necesario para domar sus pasiones. Suetonio considera la cuestión desde nuestro punto de vista, cuando, refiriendo el nacimiento de Nerón, dice: *Praesagio fuit etiam Domitii patris, vox inter gratulationis amicorum negantis quidquam inter se et Agrippina, nisi detestabile et malo publico nasci potuisse.*

En cambio, Cimón era hijo de Milcíades y Aníbal de Amílcar. Los Escipiones formaron una familia de héroes y nobles defensores de su patria. El Papa Alejandro VI, tuvo por hijo á César Borgia, abominable émulo suyo. El hijo del duque de Alba, fué tan cruel y malvado como su padre. Felipe el Hermoso, falso é inicuo, conocido por haber hecho atormentar á los templarios y haberlos exterminado, tuvo por hija á Isabel, esposa de Eduardo II de Inglaterra, la cual, habiendo tomado partido contra su esposo, le hizo prisionero, y después de haberle obligado á firmar su abdicación, viendo que no daban resultado los malos tratamientos con los cuales había procurado quitarle la vida, le hizo

matar en su calabozo por medios tan atroces que renunció á describirlos. Enrique VIII de Inglaterra, tirano, sanguinario y *defensor fidei*, tuvo por hija de su primer matrimonio á María, tan mogigata como cruel, y á quien por las numerosas víctimas que hizo perecer en la hoguera por herejía, se dió el sobrenombre de *bloody Mary*. Isabel, hija del mismo Enrique VIII y de su segunda mujer Ana Bolena, había heredado de su madre una elevada inteligencia, que ahogó la mogigatería, y que refrenaba en ella el carácter paternal, sin conseguir borrarlo enteramente, pues en ocasiones lo descubría y lo reveló con toda desnudez en el trato cruel infligido á María Estuardo.

Van Genus (1), refiere, tomándola de Marco Donato, la historia de una joven escocesa, cuyo padre había sido quemado por bandolerismo y antropofagia, cuando ella apenas tenía un año. Con la edad, aunque fué criada en esfera diferente, se desarrolló en ella la afición á la carne humana; la sorprendieron satisfaciendo su odioso apetito, y fué condenada á ser enterrada viva.

El periódico alemán *El Liberal*, del 13 de Julio de 1821, refiere que en el departamento del Aube la policía, persiguiendo á una joven que había asesinado á dos niños que la habían encargado conducir al hospicio para apropiarse la mínima suma que les estaba destinada, la encontró ahogada cerca de Romilly, en el camino de París, y pudo averiguar que su propio padre la había asesinado.

Citemos, por último, algunos casos más recientes, cuya autenticidad no tiene mayor garantía que los relatos de los periódicos. En Octubre de 1836, un conde

(1) *Disputatio de corporum habitudine, animae, hujusque virium indice*, Harderov, 1789, § 9.

húngaro llamado Beleczuai, fué condenado á muerte por haber asesinado á un agente de policía y herido gravemente á varios de sus parientes; su hermano mayor había sido ejecutado antes por parricidio y su padre había sido un asesino. (*Frankfurter Postzeitung*, 26 Octubre 1836.) Un año después, otro hermano del conde, en la misma calle en que aquél había muerto al agente, disparó un tiro de pistola contra otro funcionario, pero sin causarle daño. (*Frankfurter Journal*, 16 Setiembre 1837.) Una carta de París publicada en la *Frankfurter Postzeitung* del 19 de Noviembre de 1857, anuncia la condenación de un malhechor muy peligroso llamado Lemaire y de sus cómplices. Agrega la carta que la inclinación al asesinato parecía hereditaria en las familias de todos estos individuos, muchos de cuyos parientes habían muerto en el patíbulo. Los casos de este género eran conocidos ya entre los griegos, según resulta de un pasaje de las *Leyes* de Platón. Los anales de la criminalidad podrían, sin duda, suministrar más de una genealogía semejante. Particularmente la inclinación al suicidio es hereditaria.

Si á pesar de esto vemos que el virtuoso Marco Aurelio tiene por hijo al malvado Commodo, no debemos dejarnos inducir á error por ello, puesto que sabemos que la *diva Faustina* fué una *uxor infamis*. Por el contrario, deberemos conservar presente este ejemplo en nuestro espíritu para achacar casos análogos á causas análogas. No puedo admitir, por ejemplo que Domiciano fuese hermano consanguíneo de Tito; creo firmemente que Vespasiano perteneció al número de los maridos engañados.

La segunda parte de nuestra proposición, la herencia de la inteligencia materna, se reconoce mucho

más generalmente que la primera; ésta tiene en su contra el *liberum arbitrium indifferentiae*, y cuando se la considera desde el punto de vista nuestro, la opinión de la naturaleza simple é indivisible del alma. La antigua expresión popular alemana *Mutterwit* (espíritu natural, literalmente *espíritu de la madre*), indica lo bastante por sí sola que la verdad de aquel nuestro segundo principio fué comprendida desde hace largo tiempo. La experiencia acredita que los hijos de madres que se han distinguido relativamente por su inteligencia, poseen cualidades intelectuales de orden más ó menos elevado. Por el contrario, hallamos la prueba de que los méritos intelectuales del padre no se transmiten al hijo, en el hecho de que los hijos de hombres dotados de eminentes cualidades intelectuales han sido, por regla general, cabezas vulgares que no ofrecían rastro de las facultades mentales del padre. Si alguna vez hallamos una excepción aislada que contradiga los hechos acreditados por una larga experiencia, como, por ejemplo, la que presenta el caso de Pitt y de su padre lord Chatam, tendremos el derecho, ó, mejor dicho, nos veremos en el caso de atribuirlo al azar, dada la extremada rareza de los talentos superiores. Conviene recordar la regla de que sería inverosímil que lo inverosímil no ocurriese jamás.

Además, los grandes estadistas (como dijimos ya en el capítulo 22) lo son tanto por las cualidades de carácter, herencia paterna, como por las de la inteligencia. Por el contrario, no conozco ningún caso análogo concerniente á artistas, poetas ó filósofos, pues en éstos son solamente las obras de la inteligencia las que constituyen lo que se llama el genio. Es verdad que el padre de Rafael era pintor, pero pintor

mediano. El padre y el hijo de Mozart fueron músicos, pero ambos valieron poco. Con todo, debemos admirar, en estos casos, cómo el destino que no había otorgado á estos dos grandes artistas más que una corta existencia, veló en compensación porque no tuvieran que perder, como otros genios, el tiempo de sus primeros años, sino que encontrasen dentro de la familia en que vinieron al mundo, en los ejemplos y consejos paternos, la iniciación necesaria en el arte para el cual habían nacido exclusivamente. Este poder oculto enigmático que parece dirigir la vida individual me ha sugerido reflexiones especiales que expuse en el opúsculo titulado *De la intencionalidad aparente en el destino del individuo*. (Véase *Parerga*, volumen I.) Debo hacer notar también que hay ciertas ocupaciones científicas, que exigen, sin duda, sólidas cualidades naturales de inteligencia, pero que no exigen las facultades raras y eminentes, propiamente dichas; lo que requieren principalmente es un celo ardiente y activo, paciencia, instrucción adquirida á tiempo, estudio perseverante y mucha aplicación práctica. Esto, y no la herencia de la inteligencia paterna, explica el que en muchos casos el hijo siga voluntariamente la carrera del padre, que las profesiones sean hereditarias en ciertas familias, y que en algunas ciencias que reclaman, ante todo, aplicación y perseverancia, varias familias hayan suministrado una sucesión de hombres de mérito como los Escaligeros, los Bernouillys, los Cassinis, los Herschels.

Sería mucho mayor el número de hechos que comprobasen la transmisibilidad real de la inteligencia materna, si el carácter y el destino de la mujer no la impidieran de ordinario dar testimonios públicos de sus facultades intelectuales. A esto se debe el que la

historia no pueda recoger esos datos y no lleguen á conocimiento de la posteridad. Por otra parte, dada la compleción más débil del sexo femenino, esas facultades no podrán jamás alcanzar en la madre el grado al cual se elevarán en el hijo cuando las condiciones sean favorables. Estas circunstancias deben ser tenidas en cuenta para atribuir proporcionalmente mayor mérito á las producciones intelectuales de las mujeres.

He aquí ahora, en apoyo de mi tesis, algunos ejemplos que vienen á mi memoria: José II era hijo de María Teresa. Cardan, en el tercer capítulo de *De vita propria*, dice: *Mater mea fuit memoria et ingenio pollens*. J. J. Rousseau dice en el primer libro de sus *Confesiones*: «La belleza de mi madre, su ingenio, sus talentos, —los tenía demasiado brillantes para su estado», etc., y cita en seguida un encantador *couplet* compuesto por ella. D'Alembert era hijo natural de Claudina de Tencin, mujer de ingenio superior, autora de varias novelas y otros escritos de esta clase, que tuvieron gran éxito en su tiempo y que todavía pueden leerse con gusto, según parece. El pasaje siguiente del *Viaje á Montbar*, por Herault de Sechelles, que Flourens reproduce en su *Historia de los trabajos de Buffon*, nos muestra que la madre de éste era una mujer distinguida: «Buffon profesaba el principio de que, en general, los hijos debían á sus madres las cualidades intelectuales y morales; cuando desarrollaba esta tesis en la conversación, la aplicaba inmediatamente á sí mismo, haciendo un elogio pomposo de su madre, que, en efecto, tenía buen entendimiento, extensos conocimientos y una cabeza bien organizada.» Buffon contaba también, según el anterior pasaje, las facultades morales, pero esto es un error, ya sea cometido por el

autor del relato, ó ya porque la madre de Buffon tuviera casualmente el mismo carácter que éste y que su padre.

Tenemos ejemplos innumerables de madres é hijos con caracteres opuestos, lo cual ha permitido á los dos poetas dramáticos más grandes presentarnos, en *Orestes* y *Hamlet*, una madre y un hijo en situaciones de hostilidad, en las cuales el hijo aparece como el representante moral y el vengador del padre. La situación opuesta, es decir, aquella en que el hijo fuese el representante moral y el vengador de la madre contra su propio padre, sería á la vez repugnante y ridícula. Depende esto de que entre el padre y el hijo existe la identidad real de su ser, que es la voluntad, mientras que entre la madre y el hijo no hay más identidad que la de la inteligencia, y ésta todavía condicionalmente. Entre madre é hijo puede existir el mayor contraste moral; entre padre é hijo no puede haber más que contraste intelectual. Hume dice en su autobiografía: «Mi madre era mujer de mérito singular.» He aquí lo que nos dice sobre la madre de Kant, su más reciente biografía, escrita por J. W. Schubert: «Según manifestación del hijo, era mujer de gran inteligencia natural. Para su tiempo, y dadas las dificultades que ofrecía la educación de las jóvenes, tenía sólidos conocimientos que cuidó después de cultivar con su propio esfuerzo. En sus paseos llamaba la atención de su hijo sobre toda clase de fenómenos de la naturaleza y trataba de explicárselos por el poder de Dios.» Todo el mundo sabe que la madre de Goethe era una mujer superior, inteligente é ingeniosa; ¡cuánto no se ha escrito sobre ella, mientras que nunca se ha hecho mención del padre!; el mismo Goethe le pinta como un hombre de facultades medianas. La madre de Schiller era muy afi-